

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Cristo es un sacerdote superior a Aarón (Octava parte)

Cap. 4:14 al 7:28

Por Julio César Benítez.

juliobenitez@caractercristiano.org

Exhortaciones contra la apostasía 5:11 – 6:20 (Sexta parte)

Aferrándonos a las promesas inmutables de Dios. 6:13-20. (Parte 1)

Resumen.

El autor de Hebreos ha mostrado con una ilustración, la diferencia que existe entre el incrédulo y el verdadero creyente. La tierra infértil, la que no produce fruto sino solo cardos y abrojos, representa a los réprobos, a aquellos que permanecen en incredulidad, incluyendo a los apóstatas.

Pero la otra tierra, la que Dios bendice, representa a los creyentes, aquellos que pueden tener seguridad porque perseveran hasta el fin.

Al autor ha usado tres palabras claves que designan la vida del creyente: Esperanza, fe y promesas.

Ahora en los versículos 13 al 20 el autor de la carta ilustra, con la vida de un personaje de las Sagradas Escrituras, cómo el creyente se mantiene arraigado en una vida de fe y esperanza, por la inmutabilidad de las promesas divinas. Este ejemplo está tomado de la vida de Abraham, el padre de la fe.

En el verso 13 menciona que Dios hizo una promesa a Abraham, la cual no podía dejar de cumplirse porque sobre ella pesaba el juramento más grande que se puede hacer en todo el mundo presente y en el venidero: Dios juró por sí mismo, porque no hay nadie ni nada más alto o grande que él.

En el verso 14 se nos da el contenido de la promesa juramentada que Dios dio a Abraham: será padre de una abundante multitud.

En el verso 15 el autor va al grano, respecto al tema de la fe y la esperanza, diciendo que Abraham tuvo que esperar con paciencia para ver el cumplimiento de la promesa. Por cierto, mas de 25 años tuvo que esperar Abraham, luchando contra las dudas y los otros caminos que se abrían en el horizonte, alternativas para el cumplimiento de la promesa,

pero él esperó y esperó en Dios, quien luego de mucho tiempo le permitió ver el inicio de la promesa realizada.

En los versos 16 al 18 el autor explica porqué el juramento que Dios hizo por sí mismo, es firme garantía del cumplimiento de la promesa: Porque el juramento de confirmación le pone fin a toda controversia, pues, un juramento es algo sagrado. Por lo tanto, Dios, con el fin de mostrar que su promesa es inmutable y firme juró por él mismo, pues, es imposible que Dios mienta. Dios no miente sin que medie ningún juramento, pero para dar más seguridad de su promesa, juró por sí mismo como si él fuera hombre. Este juramento da consuelo y seguridad al creyente, al cual somos llamados a aferrarnos.

En los versos 19 al 20 el autor anima a los creyentes a aferrarse son seguridad y firmeza a las promesas de Dios, pues ellas son un ancla del alma, ya que Jesús, nuestro representante delante de Dios, no ha entrado a un santuario terrenal, sino que entró al mismo Trono de Dios, para interceder por nosotros por siempre, pero no conforme al sumo sacerdocio judaico, sino conforme al orden de Melquisedec.

Dificultades y análisis.

v. 13-16. ¿Cuál fue la promesa que Dios hizo a Abraham, en la cual él tuvo que mantenerse confiado y esperar con paciencia? Si Jesús dice que no juremos, entonces ¿Por qué Dios afirmó la promesa jurando por sí mismo?

Abraham ha sido llamado el padre de los creyentes (Rom. 4:11). Él es el padre de la fe, de los que creen y su fe les es contada por justicia. Por eso, el mejor ejemplo de confianza, fe, perseverancia y paciencia en las promesas de Dios es Abraham. Él nos enseña lo que significa la lucha del creyente para perseverar en la fe.

Hagamos un recuento de las promesas hechas a Abraham y la paciencia que debió cultivar para esperar su cumplimiento.

Siendo Abraham de setenta y cinco años fue llamado por Dios para que saliera de la tierra de Ur hacia una tierra que el Señor le mostraría, donde le daría múltiples bendiciones, concediéndole el ser padre de una nación muy grande. En ese momento Abram y su esposa Sarai no tenían hijos. Al parecer Sara era estéril. No creo que haya sido fácil para Abraham, hablando desde una perspectiva humana, salir de su tierra y esperar que su descendencia se convirtiera en una gran nación, cuando, siendo ya de 65 años y su esposa también avanzada en edad, no habían tenido un solo hijo. Pero, a pesar de esos elementos en contra, Abraham sale de su tierra en señal de confianza en la promesa divina. (Génesis 12:1-9).

Luego, en Siquem, Dios se le aparece y promete darle esa tierra a sus descendientes. (Gén. 12:6-7).

Más tarde, cuando Abraham y Lot se separan, Dios nuevamente le hace la misma promesa. (Gén. 13:14-17). Le dice que su descendencia será como el polvo de la tierra. No obstante, aunque ya ha pasado el tiempo, Abraham aún no tiene hijos. Él se mantenía creyendo en la promesa divina, aunque cada vez, humanamente, las condiciones hacían más difícil el cumplimiento de la misma.

Abraham, en su peregrinaje en la fe, tuvo momentos de flaqueza, como cuando pensó que su siervo, Eliezer de Damasco, sería su heredero. En ese momento de flaqueza, nuevamente vino la promesa, y el Señor le dice que él tendrá un hijo. Le llevó a mirar el cielo oriental, lleno de estrellas sin fin, y le dijo que así como es imposible contar las estrellas que alumbran el firmamento, de igual manera su descendencia sería incontable, innumerable. (Gén. 15:5).

Luego Sarai había perdido las esperanzas de tener un hijo, pues, el tiempo pasaba y nada sucedía. El tiempo de la fertilidad había pasado hacía mucho tiempo, la costumbre de las mujeres había cesado, y su cuerpo cada vez estaba más viejo. Humanamente era imposible que ella quedase embarazada, o tuviese fuerzas para dar a luz un hijo. La promesa de ser padres de una nación grande, estaba cada vez mas lejana de toda posibilidad de cumplimiento. Así que Sarai le propone a su esposo que tenga un hijo con su sierva Agar. Lo cual se dio y de esta relación nació Ismael. Pero nuevamente el Señor le dice a Abraham que su promesa de llegar a ser una nación grande y bendita no se cumplirá a través de Ismael, sino de un hijo que tendrá con su esposa Sara, el cual se llamará Isaac. (Gén. 17:21).

Cuando Abraham tenía cien años de edad, veinticinco años después del llamamiento que recibiera en Ur de los Caldeos, Abraham empieza a ver el inicio del cumplimiento de la promesa, por fin nace Isaac. (Gén. 21:5). El primer retoño, del cual Dios formará una nación grande.

Pero la fe de este héroe volvería a ser probada, cuando en el Monte Moriah Dios le pide que sacrifique a su único hijo, a aquel que se había convertido en la alegría de sus vetustos padres. Sacrificando a Isaac prácticamente cesaba la única fuente a través de la cual Dios levantaría la gran nación que le había prometido tantas veces. Pero este hombre fue escogido como ejemplo de fe perseverante porque no dudó en hacer lo que su Señor le pedía, *“pensando que Dios es poderoso para levantar aún de entre los muertos, de donde, en sentido figurado le volvió a recibir”* (Heb. 11:19).

Es en esta ocasión en la cual el Señor nuevamente ratifica la promesa a Abraham de que sería padre de una gran nación, su descendencia sería innumerable, y en su simiente serían bendecidas todas las naciones de la tierra, pero en esta oportunidad la promesa viene acompañada de un juramento, el Señor dice: “...*por mi mismo he jurado, dice Jehová, por cuanto has hecho esto...*” (Gén. 22:16).

Es importante notar que la promesa no se había cumplido de manera completa en Isaac, él solo era el inicio del cumplimiento. Pero se requerirían muchos siglos para que se diera el cumplimiento cabal, pues, la promesa habla de la simiente en la cual serán benditas todas las naciones, y esta simiente es Cristo. Como dice Pablo “*Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo*”. Gálatas 3:16.

Abraham murió sin haber visto el cumplimiento cabal de la promesa, pero se mantuvo siempre confiado en ella, confiado en el que le dio la promesa. Como dice Hebreos 11:13: “*Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.*”. La promesa dada a Abraham se cumpliría plenamente en el Mesías, que sería de su descendencia y por el cual el mundo entero recibiría las bendiciones de la gracia.

Indudablemente Abraham es el mejor ejemplo de la tierra productiva, de los que muestran solicitud de amor al Señor y a su pueblo hasta el fin, para plena certeza de la esperanza; de los que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

Ahora podemos preguntarnos, ¿Por qué tuvo que jurar Dios para garantizar la promesa? ¿Acaso de él no solamente procede la verdad?

La palabra del Señor siempre es verdadera, y de él nunca procede la mentira. Si él promete algo, de seguro que lo cumple. “*Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo ¿Y no hará? Habló ¿Y no lo ejecutará?*” (Num. 23:19).

Pero la promesa dada a Abraham era para un cumplimiento a largo plazo, no solo él, sino que los otros creyentes de la antigüedad tendrían que mantenerse firmes esperando su pleno cumplimiento. Dios quiso añadir a su palabra verdadera un juramento que daría firmeza a la fe y esperanza de su pueblo. Por eso dice el autor en el capítulo 11:39 y 40 “*Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados a parte de nosotros*”. Todos los santos en las Escrituras se mantuvieron esperando la misma promesa, la cual solo se cumplió con la venida de Jesucristo.

“Cuando el cumplimiento de una promesa lleva tiempo, la misma requiere una certeza adicional para prevenir dudas”¹.

En los tiempos actuales, cuando queremos ratificar o asegurar que vamos a cumplir con una obligación, solemos firmar contratos o documentos legales, ante una autoridad competente. Si se incumple con lo firmado, entonces hay unas consecuencias económicas o de otro tipo. En la antigüedad muchos de los compromisos se ratificaban con juramentos. En el pueblo judío el juramento más solemne era aquel que se hacía usando el nombre de Dios. Siempre se jura por alguien mayor.

Dios mismo hace un juramento para ratificar sus promesas dadas a Abraham, pero él jura por sí mismo, pues no hay alguien más grande por quien hacerlo.

Pero aún queda una dificultad. ¿Si Jesús que no debemos jurar, entonces porqué Dios lo hace?

Miremos que fue lo que Jesús prohibió. Leamos Mateo 5:33-37 *“Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo, no juréis en ninguna manera; ni por el cielo porque es el trono de Dios; ni por la tierra porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puede hacer blanco o negro un solo cabello; pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es mas de esto, de mal procede”*

Los judíos del tiempo de Cristo habían tomado como práctica el jurar en el nombre de Dios o todo aquello que estuviera relacionado con Dios: El cielo, Jerusalén, el templo, entre otros. Esta práctica llegó a degradarse tanto que se había vuelto algo sencillo e insignificante jurar en el nombre de Dios. La gente ya no creía en ninguna clase de juramentos, pues, podían jurar, así ellos supieran que no podían cumplir lo prometido. Es muy similar a lo que muchos cristianos hacen hoy, se comprometen a pagar una deuda en determinado tiempo, aunque saben perfectamente que no podrán cumplir con la obligación, hasta pueden usar el nombre de Dios o de Cristo para afirmar que si cumplirán con lo prometido, pero la verdad es que no lo harán.

Siendo que la palabra de la gente llegó a ser tan vanal, y los juramentos tan insignificantes, Jesús exhorta a los judíos para que den el valor a sus palabras, de manera que no sea necesario acudir a los juramentos. Que cuando digan si sea realmente un sí, o cuando digan no, esto sea un no.

¹ Kismemaker, Simon. Hebreos. Página 205

Ahora, en las Sagradas Escrituras se acostumbraba a jurar, especialmente en ciertos casos cuando se requería un grado mayor de certeza. Cuando la situación requería un apoyo adicional. “Y si cuidadosamente aprendieren los caminos de mi pueblo, para jurar en mi nombre, diciendo: Vive Jehová, así como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, ellos serán prosperados en medio de mi pueblo” Jer. 12:16. Los santos en el antiguo testamento respaldaron algunos de sus más grandes compromisos jurando en el nombre de Dios.

De manera que Jesús no está prohibiendo totalmente los juramentos, sino que enseña que “... la palabra del hombre debe ser incuestionablemente veraz para que, como consecuencia, los juramentos ya no sean necesarios”²

Hay ocasiones solemnes en los cuales los juramentos son necesarios. Cuando hacemos los votos de matrimonio, cuando nos graduamos de algunas profesiones en las cuales se requiere de manera especial el cumplimiento del deber para el bien de la humanidad (medicina, servicio militar, algunos cargos públicos), cuando estamos ante una corte y se requiere de nosotros afirmar que estaremos diciendo la verdad.

Por ello las confesiones de fe de Westminster y la confesión Bautista de Londres de 1689 dedican un capítulo para los juramentos y los votos lícitos:

CAPITULO 22: DE LOS JURAMENTOS Y DE LOS VOTOS LICITOS

I. Un juramento lícito es una parte de la adoración religiosa (1) por el cual una persona, en la debida ocasión, al jurar solemnemente, pone a Dios como testigo de lo que afirma o promete, y para que le juzgue conforme a la verdad o a la falsedad de lo que jura. (2)

1. Deuteronomio 10:20. 2. Éxodo 20:7; Levítico 19:12; 2 Corintios 1:23; 2 Crónicas 6:22,23.

II. Sólo en el nombre de Dios deben jurar los hombres, y este nombre ha de usarse con todo temor santo y con reverencia. (1) Por lo tanto, jurar vana o temerariamente en ese nombre glorioso y terrible, o definitivamente jurar por cualquier otra cosa, es pecaminoso y debe aborrecerse. (2) Sin embargo, como en asuntos de peso y de importancia, un juramento está justificado por la Palabra de Dios, tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo, (3) por eso, cuando una autoridad legítima exija un juramento legal para tales asuntos, este juramento debe hacerse. (4)

1. Deuteronomio 6:13. 2. Jeremías 5:7; Santiago 5:12; Exodo 20:7; Mateo 5:34,37. 3. Hebreos 6:16; Isaías 65:16; 2 Corintios 1:23. 4. 1 Reyes 8:31; Esdras 10:5; Nehemías 13:25.

² Kistemaker, Simon. Página 208

III. Todo aquel que hace un juramento debe considerar seriamente la gravedad de un acto tan solemne, y por lo tanto no afirmar sino aquello de lo cual esté plenamente persuadido de que es la verdad. (1) Ni tampoco puede algún hombre obligarse por un juramento a alguna cosa, sino a lo que es bueno y justo, y a lo que él cree que lo es, y a lo que es capaz y está dispuesto a cumplir. (2) Sin embargo, es un pecado rehusar un juramento tocante a una cosa que es buena y justa, cuando sea exigida por una autoridad legítima. (3)

1. Jeremías 4:2; Exodo 20:7. 2. Génesis 24:2,3,5,6,8,9. 3. Números 5:19,21; Nehemías 5:12; Exodo 22:7-11.

IV. Un juramento debe hacerse en el sentido claro y común de las palabras, sin equivocación o reservas mentales. (1) Tal juramento no puede obligar a pecar; pero en todo aquello que no sea pecaminoso, habiéndose hecho, es obligatorio cumplirlo aun cuando sea en el propio daño del que lo hizo, (2) ni debe violarse porque haya sido hecho a herejes o a incrédulos. (3)

1. Salmos 24:4; Jeremías 4:2. 2. Salmos 15,4; 1 Samuel 25:22, 32-34. 3. Ezequiel 17:16,18,19; Josué 9:18,19 con 2 Samuel 21:1.

V. Un voto es de naturaleza semejante a la de un juramento promisorio, y debe hacerse con el mismo cuidado religioso y cumplirse con la misma fidelidad. (1)

1. Isaías 19:21; Eclesiastés 5:4-6; Salmos 61:8; 66:13,14.

VI. El voto no debe hacerse a ninguna criatura sino solo a Dios, (1) y para que sea acepto ha de hacerse voluntariamente, en fe y conciencia del deber, como muestra de gratitud por la misericordia recibida, o bien para obtener lo que queremos; por lo que nos obligamos a cumplir más estrictamente nuestros deberes necesarios u otras cosas, en cuanto puedan ayudarnos adecuadamente al cumplimiento de ellos. (2)

1. Salmos 76:11; Jeremías 44:25,26. 2. Deuteronomio 23:21-23; Salmos 50:14; Génesis 28:20-22; 1 Samuel 1:11; Salmos 132:2-5; 66:13,14.

VII. Ningún hombre puede hacer voto para ejecutar alguna cosa prohibida en la Palabra de Dios, o que impida el cumplimiento de algún deber ordenado en ella, o una cosa que no está en su capacidad, y para cuya ejecución no tenga ninguna promesa de ayuda por parte de Dios. (1) A tales respectos, los votos monásticos de los papistas de celibato perpetuo, de pobreza y de obediencia a las reglas eclesiásticas, están tan lejos de ser grados de perfección superior, que no son sino supersticiones y trampas pecaminosas en las que ningún cristiano debe enredarse. (2)

1. Hechos 23:12,14; Marcos 6:26; Números 30:5,8,12 y 13. 2. Mateo 19:11,12; 1 Corintios 7:2,9; 7:23; Efesios 4:28; 1 Pedro 4:2.

Aplicaciones:

- Cuando el Señor nos llamó por el Evangelio es posible que hayamos estado en la misma situación de Abraham, con pocos elementos a nuestro favor para tener esperanza. Es posible que nuestros pecados nos hayan tenido esclavizados a tal punto que hubiésemos pensado, esto va a ser un fracaso. Realmente no podré mantenerme firme en las demandas del evangelio, voy a ser una vergüenza para el nombre de Cristo, no podré llegar hasta el final. Pero miremos a nuestro padre en la fe Abraham, tenía muchas cosas en su contra, no obstante escuchó el llamado del Señor y salió camino a Sión. A pesar de los obstáculos del camino, perseveró en su andar, mirando siempre la promesa del Señor, mirando al dador de la promesa, quien es fiel en cumplir lo que promete. Sigamos así nosotros nuestro andar cristiano. Hay muchas cosas en nuestra contra, pero no andamos mirándonos a nosotros mismos, no andamos porque vemos, ni por lo que sentimos, andamos por lo que creemos, mirando a Jesús y sus grandiosas promesas. Él nos asegura que llegaremos a Sión, donde veremos el cumplimiento total de sus bendiciones.

- Es posible que usted lleve algún tiempo considerable en la fe cristiana, pero los progresos espirituales no le satisfacen, tal vez usted lleve algún tiempo luchando contra un pecado específico o alguna tendencia que usted sabe no es de gran ayuda para su vida cristiana, es posible que usted haya perdido la esperanza y crea que el Señor no le dará la liberación completa, pero no olvides a Abraham, el padre de la fe, él se mantuvo creyendo cuando las esperanzas se podían ir perdiendo, y al final pudo ver la promesa cumplida. Nosotros los creyentes debemos mantenernos en esa misma confianza, luchando, trabajando, pero esperando en la gracia, hasta que el Señor nos conceda ese crecimiento anhelado.